

AGENDA CIUDADANA
EN BUSCA DE LA NUEVA “GRAN POLÍTICA EXTERIOR”
Lorenzo Meyer

Una Posibilidad.- En los últimos tiempos, la confusión e ineficiencia que reinan en materia de la política interna en México han contagiado también a la exterior, la arena que se suponía el reducto de una “política de Estado” y donde por buen tiempo rigieron un puñado de principios --producto menos de preferencias de individuos, grupos o partidos y más de factores geopolíticos e históricos--, que sirvieron de carta de navegación y brújula tanto a quienes tomaban las decisiones como a la propia sociedad.

Ejemplos recientes de confusión en asuntos de política externa los tenemos lo mismo en la complicada relación con Estados Unidos que con Cuba --por un lado se expulsa sin mayor ceremonia al embajador de ese país y acto seguido se “tiende la mano” a La Habana desde una secretaría, aunque desde otra se mantiene la acusación contra funcionarios del partido que domina en la isla antillana por vulnerar la soberanía mexicana — o en nuestra posición en torno a las acciones internacionales de paz, pues un día el secretario de Relaciones sostiene que quizá sea llegado el tiempo en que México debiera contribuir a las fuerzas multinacionales de paz y, acto seguido y desde Europa, el presidente reafirma que la posición mexicana sigue siendo que bajo ninguna circunstancia se desplegarán soldados fuera de las fronteras.

Si el problema en política exterior fuera sólo de confusión, el remedio sería obvio: retornar a los grandes principios ordenadores de las actitudes y acciones concretas y poner al frente de la empresa a alguien familiarizado con ellos y que, además, tenga la capacidad y la sensibilidad para interpretarlos lo mismo en el batallar cotidiano que en momentos de

crisis. Sin embargo, es de temerse que la cosa ya no pueda ser así de simple. Es posible que algunos de esos principios del pasado hayan dejado de funcionar o que ya no haya una interpretación de los mismos que satisfaga a una mayoría en un sistema donde tampoco hay una voz de mando única en prácticamente ningún asunto importante.

En Términos Relativos.- Alguien puede alegar que, en principio, sólo las grandes potencias tienen la posibilidad de diseñar y llevar a cabo una “gran política exterior”. Sin embargo, y en términos relativos, todo país puede diseñar un marco general de principios en el que se inscriban sus acciones concretas de cara al resto del mundo, es decir, una “gran política”. Ese marco debe servir para determinar objetivos y principios generales que justifiquen y guíen las acciones concretas. Por un buen tiempo, México tuvo su “gran política exterior”, pero ya no es ese el caso.

En el origen, costó un gran esfuerzo llegar a un consenso en asuntos de la relación mexicana con un entorno externo poco conocido, peligroso y donde no había experiencia acumulada de la que echar mano. En efecto, a partir del siglo XVI y por trescientos años, lo que sería México, simplemente siguió las directrices provenientes de Madrid, líneas que obedecían a los intereses de España en Europa. El objetivo básico era extraer, procesar y embarcar desde la Nueva España el máximo posible de metales preciosos para mantener la presencia española en otras partes de su gran imperio que no eran autosuficientes – Filipinas, Cuba, Centroamérica o las Floridas— y enviar el resto a la metrópoli para sufragar gastos de guerra. Tras la independencia, México buscó, mediante el ofrecimiento del trono mexicano a un Borbón, mantener una liga privilegiada con España. También pidió su reconocimiento al Vaticano para ganar la legitimidad que sólo podía dar el reconocimiento del Papa a una nación independiente pero católica. Inicialmente se fracasó en ambos intentos, y por eso se buscó mantener una relación privilegiada con la gran

potencia mundial del momento –Inglaterra--, una relación amigable con la potencia emergente vecina –Estados Unidos— y una liga fraternal con las otras naciones surgidas del desmembramiento del imperio español en América. En la práctica los resultados fueron magros, contraproducentes o nulos. La deuda inglesa fue impagable y Londres se desilusionó, la relación con Estados Unidos terminó en un desastre extremo y aquella con el resto de la América española, resultó irrelevante. Luego, en la segunda mitad del siglo XIX las reclamaciones francesas fueron la excusa para pretender convertir a México en “Estado cliente” y base de un “proyecto francés” en América.

El Gran Modelo Original.- En el primer medio siglo de vida independiente la difícil tarea de la construcción del Estado nacional mexicano se vio dificultada en extremo por la hostilidad del mundo externo. Y es de la lucha por la integridad y la autodeterminación que culminó con el fusilamiento del archiduque austriaco en Querétaro en 1867, que surgió el primer modelo exitoso de una gran política exterior mexicana.

La meta del régimen liberal encabezado primero por Benito Juárez y luego por Porfirio Díaz, fue mantener y fortalecer la independencia relativa de México frente a Estados Unidos y Europa. Juárez y Díaz jugaron bien sus cartas y usaron los intereses competitivos de norteamericanos y europeos para destruir el proyecto imperial francés primero y luego crear un balance interno entre las inversiones e intereses políticos, económicos y culturales de las potencias extranjeras, en particular de Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania y España. Díaz incluso empezó a dar los primeros pasos para introducir en el esquema a una potencia asiática emergente: Japón. En los hechos, que no en el discurso, México se desinteresó de América Latina, salvo en las regiones fronterizas de Centroamérica y Cuba, donde buscó jugar con las contradicciones de la región para aumentar el margen de independencia relativa frente a la fuerza imperial norteamericana.

Si el atraso económico había facilitado la pérdida del norte mexicano primero y la aventura francesa después, Díaz decidió combatir el fuego con el fuego: atraer a los inversionistas extranjeros para desarrollar materialmente a México –minería, ferrocarriles, agricultura de exportación, electricidad, banca— y sentar las bases de una modernidad que, en el futuro, aumentara el poder interno y obligara a pensarlos dos veces a quienes desde el exterior volvieran a soñar con la invasión o la conquista. En términos generales, la “gran política exterior” de los liberales mexicanos dio resultado, pero las bases internas de su sistema político no resistieron bien las presiones de la modernización y el resultado fue tras las “Fiestas del Centenario” de 1910 –presentación del México moderno ante la sociedad internacional— el régimen sufrió un sorprendente colapso total y el país volvió a quedar vulnerable frente al mundo externo.

El Segundo Modelo.- La Revolución Mexicana no se deshizo del todo del modelo porfirista, sino que lo modificó. Al viejo nacionalismo liberal le añadió el nacionalismo social: expropió la tierra de los grandes propietarios mexicanos y extranjeros, propició la mexicanización de la banca y la nacionalización de los ferrocarriles para finalmente arrancar, vía la movilización del apoyo popular, la industria del petróleo de manos de empresas americanas y europeas. El nuevo modelo perfeccionó el principio de no intervención con la doctrina Estrada y maniobró bien para hacer que ese principio fuera explícitamente aceptado por Estados Unidos en los años de 1930. La defensa de la autodeterminación llevó a que México actuara –limitadamente, desde luego— lo mismo contra la invasión norteamericana en Nicaragua que en la intervención de Alemania e Italia contra la República Española y que se manifestará en la Sociedad de Naciones contra las invasiones de Etiopía, China o Checoslovaquia. En la posrevolución, México jugó lo mejor que pudo la carta cubana y luego la centroamericana (Contadora), siempre en defensa de la

no intervención. Y hasta ahí llegó el segundo modelo, la gran crisis económica de los 1980 lo dejó sin sustento económico primero y de poder después.

El Tercer Modelo aún no Existe.- Carlos Salinas, en aras de reconstituir la base material del desarrollo económico, perdida abruptamente en 1982, desechó, por considerarlo un lastre, al viejo nacionalismo económico. Propuso, en cambio, la integración de la economía mexicana a la norteamericana como única forma de reencontrar la vía del crecimiento en un sistema internacional dominado en lo económico por la globalización del mercado y en lo político por las prioridades de Washington. No pasó mucho tiempo para que la apertura económica fuera alcanzada por la apertura en el sistema de poder y que el autoritarismo mexicano del siglo XX fuera sustituido por el pluralismo democrático del XXI.

Fue justamente la implantación del pluralismo lo que permitió que afloraran y se consolidaran en México diferencias sustantivas en torno al rumbo a seguir en asuntos internos y externos. Las diferencias eran viejas, pero no habían tenido la oportunidad de expresarse libremente. Y ese desacuerdo sobre como relacionarnos con el mundo externo – con Estados Unidos, sobre todo-- fue reforzado por un modelo económico exportador que destruyó las bases materiales del viejo nacionalismo como requisito para impulsar la integración con la gran economía del norte, aunque a fin de cuentas no se logró la prosperidad prometida por los promotores de esa integración.

La Falta de Bases e Ideas para un Nuevo Modelo.- El México de inicios del siglo XXI está atado a Estados Unidos como nunca antes en su historia, pues perdió el balance entre las influencias externas operando en su interior; el terreno lo domina Estados Unidos a costa de Europa y Asia. Por otro lado, la opinión pública se niega a aceptar plenamente la nueva realidad, como se vio cuando el presidente Fox no pudo dar el apoyo total e

incondicional que Estados Unidos demandó tras el atentado terrorista de septiembre del 2001 y cuando llevó a cabo la invasión de Irak en el 2003.

El nacionalismo revolucionario ha sido presentado como disfuncional para el México globalizado por obstaculizar la apertura plena al capital externo de las industrias petrolera y eléctrica. Sin embargo, ni esas fuerzas o intereses pro integracionistas ni ninguno otro ha podido encontrar la fórmula de relación con Estados Unidos que realmente funcione como sustituto del nacionalismo formulado por Carranza y los constituyentes de 1917 o por el presidente Cárdenas en 1938. La imaginación popular no se ha entusiasmado ante la perspectiva de hacer de México el equivalente latinoamericano y pobre de la Inglaterra de Blair, la España de Asnar o la Italia de Berlusconi. En el pasado, liberales y revolucionarios impusieron por la fuerza sus prioridades en la esfera interna y, de refilón, en la exterior, pero ese camino es hoy intransitable. No obstante, el gobierno democrático que nació en el 2000 es, también, un gobierno sin una fuerza mayoritaria ni un mandato claro. Se trata de un gobierno dividido, donde ha sido imposible dar forma a un consenso entre las fuerzas con representación en el sistema de poder. Sin embargo, resulta que ese consenso es necesario e indispensable para que aquellos que dirigen al país puedan reaccionar apropiadamente en momentos como la crisis de septiembre del 2001, el debate sobre Irak en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, el voto en Ginebra sobre los derechos humanos en Cuba o el papel de la inversión extranjera.

Unido a lo anterior, está el hecho que el viejo principio rector de la no intervención —pieza central de la política exterior del pasado— ya dejó de funcionar como respuesta universal y automática a todas nuestras posiciones internacionales. Hoy es evidente, a querer o no, que el valor de los derechos humanos es superior al de la soberanía. Y si bien,

en términos éticos se trata de un gran avance, en términos prácticos significó inutilizar la brújula con que México navegaba en el tormentoso mar de los conflictos internacionales.

Entre nuestras grandes tareas nacionales está lograr que el debate interno supere la etapa de concentración casi total en la lucha entre partidos y facciones y amplíe su horizonte para dar forma a un nuevo modelo legítimo –el tercero-- que sirva para listar prioridades y guiar la acción –y reacción— de México frente al mundo.